



8. “¡EY! GALILEO” Olga Grau Duhart¹

Se decía que en primer año de Filosofía no era conveniente tomar un seminario con Francisco Soler por las dificultades que entrañaba. Había que esperar, entonces, hasta el segundo año. Esa espera, que participaba de un decir, de un ‘se dice’, le daba al seminario de Soler una atmósfera particular... algo especial parecía jugarse allí. Como cuando el padre le dice a una pequeña frente a la biblioteca casera, ‘esos libros es mejor no leerlos todavía’. Toda prohibición, sabemos, aumenta el deseo por aquello vedado. De modo que ‘el seminario de Soler’, se constituía en la imaginación juvenil como una promesa de algo apetecible a ser conocido. Adelantar, entonces, la experiencia al segundo semestre de ese primer año me resultaba atrayente.

Los seminarios de Soler podían ser sobre Ortega, Heidegger o Zubiri, o un problema mirado por más de uno de ellos a partir de sus textos y, ocurría, que en medio de las complejidades que se podían presentar en las sesiones y en las lecturas, se comenzaba a tocar algo que encendía una reflexión conectada con la vida. Las palabras filosóficas permitían nombrar aspectos de la existencia, de esa que ya se podía percibir a los 17 años. Soler nos enseñaba un cuidadoso andar por las páginas de una obra, y podía llegar a centrar incluso una sesión completa del seminario en un determinado párrafo, señalando así la concentración apretada de los significados existentes en esos fragmentos que anunciaban su despliegue posterior. Nos ofrecía lo palpitante que hay en los textos, la seña de algo por aparecer y que cada cual podía producir. Los escudriñábamos y aprendíamos la libertad del pensar y del arrojo a lo que no permite respuestas rápidas y fáciles o que queda sin respuesta. Recorrer, rondar, rodear, detenerse en los problemas y complejidades de los textos, eran los movimientos del pensar que ocurrían en el ‘seminario de Paco Soler’. La atención a las palabras utilizadas por los filósofos

¹ Doctora en Literatura por la Universidad de Chile y profesora titular en esa institución.
olgagrau@uchile.cl

tratados en su seminario, el empleo de los recursos etimológicos para la comprensión más profunda de ellas, era un método de trabajo persistente que aprendíamos, entre la libertad del vuelo filosófico y la exigencia entendida como intensidad y tenacidad en el pensar. Mostraba, ponía por delante, un modo de hacer filosofía, un estilo sin estridencia, con rasgos coloquiales al mismo tiempo que riguroso. Soler se nos ofrecía, de esta manera, como un maestro filósofo y así daba fe a un pensamiento de Ortega: "Nada es tan necesario al maestro como la independencia del espíritu. Y esto es la filosofía: antes que un sistema de doctrinas cristalizadas, una disciplina de liberación íntima que enseña a sacar triunfante el pensar propio y vivo de todas las ligaduras dogmáticas"².

Coincidiría de algún modo también la mirada filosófica de Soler con lo que Ortega llamaba *la mirada del cazador*, a la que la mirada del filósofo se acercaría: 'una atención de otro y superior estilo'. Nos dice Ortega: "La atención que consiste en no fijarse en lo ya presumido, sino precisamente en no presumir nada y evitar desatención"³. Y más adelante:

Y he aquí cómo podemos comprender el hecho extravagante de que, con máxima frecuencia, cuando el filósofo ha querido denunciar la actitud en que él en su labor meditabunda opera, se ha comparado con el cazador. *Thereutes*, dirá una y otra vez Platón; *Venator*, repetirá Santo Tomás de Aquino. Y, en efecto, solo piensa de verdad quien, ante un problema, en vez de mirar solo por derecho, hacia lo que el hábito, la tradición, el tópico y la inercia mental harían presumir, se mantiene alerta, pronto a aceptar que la solución brinque del punto menos previsible en la gran rotundidad del horizonte⁴.

La tesis del año final de mi formación académica de pregrado decidí hacerla sobre la idea de pensamiento en Ortega. Francisco Soler fue mi profesor guía y, en ese transcurrir, también un amigo. Puedo entender ahora, volviendo a leer la tesis por primera vez después de transcurridas varias décadas, la apuesta arriesgada que

² Ortega y Gasset, José. "La Pedagogía general derivada del fin de la educación de J. F. Herbart". En *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 266.

³ Ortega y Gasset, José. "Cazador, el hombre alerta". En *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pp. 489-490.

⁴ *Ibíd.*

hice en tal tesis al intentar dar nombre a la idea de pensamiento en Ortega como algo que él dejaba implicada en su filosofía. Podría decirse que había aprendido la lección de Soler de pensar por uno mismo. Fue el año de mayor cercanía con él. Y, en ese tiempo, la expresión '¡Ey, Galileo!', la escuché en algunas ocasiones ante una reflexión que realizaba por mí misma. Curiosamente, sentía que de algún modo me bautizaba de nuevo, pero me quedaba la duda si me ponía a mí ese nombre o a la idea de mi propia ocurrencia expresada ante él.

Me pregunto hoy, qué implicaba para Soler quedarse con el peso del nombre de Galileo en la boca, para convertirla en una expresión alegre, festiva, lanzada ante una idea de su interlocutor o interlocutora que estimaba como buena. No era tan frecuente, y se daba en el diálogo abierto, en la deriva de las ideas manifestadas en la conversación filosófica. Se expresaba más bien en las conversaciones fuera del espacio académico, en las caminatas o donde concurríamos varios después del seminario a continuar la conversación en la 'Fuente Suiza', con unas cervezas en la mano, o con un café o un vino frente a la chimenea de su casa.

En esta reflexión, giraré en torno a este nombre, el de Galileo, que sugiere de algún modo la significación que le otorgó Soler a través de Ortega y su obra *En torno a Galileo*⁵, considerada fundamental en el pensamiento del filósofo español, donde a juicio de algunos convergen varios de los ejes fundamentales de la filosofía orteguiana. Se ha estimado que una de las mayores particularidades de este texto es "la existencia de dos niveles discursivos —el oral y el textual— que sitúan al lector en un plano completamente distinto permitiéndole penetrar en el modo en que Ortega iba configurando su pensamiento"⁶. Tal libro, derivó de un curso del año 1933, el que, como sabemos, tuvo muchos resúmenes detallados por parte de su alumna y profesora auxiliar María Zambrano, que han sido considerados para algunas de sus ediciones.

⁵ Ortega y Gasset, José. *En torno a Galileo*, Madrid, Tecnos, 2012.

⁶ Supelano-Gross, Claudia. «En torno a Galileo», Edición de Domingo Hernández Sánchez. Madrid: Tecnos, 2012. *Azafea: Revista De Filosofía*, 15, 1970, pp. 246–252.

El nombre de Galileo queda asociado en Ortega a la idea de “giro”, “viraje”, donde algo brinca, da un salto, da lugar a una invención, donde algo nuevo se abre en el umbral de la experiencia del pensar. Galileo, como pensador de la física moderna, altera el sentido regular de lo que se entendía como ciencia; hace saber, a juicio de Ortega, que la ciencia es construcción, ejercicio de interpretación de los hechos que nos plantean el problema de la realidad, cubierta por ellos; la ciencia es la activación de la imaginación que permite la observación, y, en esa dimensión, la ciencia es, a su juicio, cercana a la poesía. Galileo, como figura histórica y en su significancia en su horizonte histórico, le permite a Ortega pensar la historia. Significaba un cambio de época, la época moderna, el inicio de un tiempo nuevo, una experiencia vital de crisis, el drama de una transformación radical, de un trastorno del pensar, diríamos. *En torno a Galileo* piensa ese trastorno, un desorden y alteración del pasado de un pensar que se le hacía indispensable a Ortega para pensar su propio tiempo de crisis, el de la época contemporánea. Para el filósofo español, “la tierra de la Edad Moderna que comienza bajo los pies de Galileo termina bajo nuestros pies. Éstos la han abandonado ya”⁷. Galileo señala, entonces, el ingreso a la modernidad, a un tiempo nuevo enigmático; quien daría incluso, en ese tránsito, alguna orientación para pensar, en la búsqueda de Ortega, una historia científica. La clave que le ofrece Galileo a Ortega es, en definitiva, el hecho de que Galileo para poder explicar los movimientos heterogéneos de los cuerpos *imagina* la estructura, el esquema del movimiento. En el proyecto orteguiano de encontrar la estructura esencial de nuestras vidas para entender la historia humana, el esquema de la vida humana que se cumpliría siempre, Galileo le sirve a Ortega para su razonamiento analógico de comparar la variedad de los movimientos de los cuerpos y la posibilidad de explicarlos conforme a un principio, con la variedad de las vidas humanas. Galileo habría creado el modelo constructivo en la producción del conocimiento, que debe ser, a su juicio, emulado por los historiadores:

⁷ Ortega y Gasset, José. “En torno a Galileo”. En *Obras Completas*, Tomo V, Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 14.

Pero al topar la historia con la muchedumbre de las vidas humanas se encuentra en la misma situación que Galileo ante los cuerpos que se mueven. Se mueven tantos y de tan diversos modos, que en vano podremos averiguar de ellos lo que sea el movimiento⁸.

Y luego:

Pues bien, tampoco es posible la historia, la investigación de las vidas humanas si la fauna variadísima de éstas no oculta una estructura esencial idéntica, en suma, si la vida humana no es, en el fondo, la misma en el siglo X antes de Cristo que en el X después de Cristo, entre los caldeos de Ur y en el Versalles de Luís XV⁹.

Si bien la vida es de idéntica estructura fundamental, la perspectiva de problemas es distinta¹⁰, la circunstancia, el contorno, las cosas en torno que no nos dicen lo que son sino aquello que tenemos que descubrir, en el sentido de fabricar, por nosotros mismos:

Pero esto —descubrir el ser de las cosas y el ser de sí mismo y el ser de todo— no es sino el quehacer intelectual del hombre, quehacer que, por lo tanto, no es un aditamento superfluo y extrínseco a su vida, sino que, quiera o no, es constitutivo de ésta¹¹.

Galileo podría ser relacionado también con la mirada¹², asunto que preocupara a Ortega en muchos momentos de sus reflexiones y que derivara en la elaboración de su propio concepto de perspectiva, de la que se podría decir que es el en-torno de la mirada, lo que la trasciende, pero también la ancla, y lo que el entorno produce como mirada. Tal vez podríamos ver una suerte de dialéctica de la mirada presente en Ortega: la que produce una perspectiva sobre las cosas y es producida también por la *circunstancia* que rodea la mirada. La expresión 'en torno' se nos hace también significativa en este sentido.

⁸ Ibid., p. 19.

⁹ Ibid.

¹⁰ Ibid., p. 26.

¹¹ Ibid., p. 23.

¹² Ortega y Gasset, José. "Corazón y cabeza". En: *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pp. 149-152. Y, José Ortega y Gasset, "Cazador, el hombre alerta". En *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Revista de Occidente, 1964.

En “Verdad y perspectiva” Ortega señala sus expectativas respecto de los lectores de *El Espectador* como:

Conmovida apelación a un público de *amigos de mirar*, de lectores a quienes interesen las cosas aparte de sus consecuencias, cualesquiera que ellas sean, morales inclusive. Lectores meditabundos que se complazcan en perseguir *la fisonomía de los objetos en toda su delicada, compleja estructura*¹³.

La realidad es multiplicidad de caras, se ofrece de múltiples maneras, de acuerdo a la mirada, a la perspectiva de quien la considera y la vive. Para Ortega, la mirada nos acerca a la imagen del lente con que se mira, en que se nos ofrece lo real, que nos muestra multiplicidad de facetas. Nos da los aspectos de las cosas y también su fondo:

Para simplificar el problema, sin perjuicio grave, reduzcamos el conocimiento a una de sus formas más elementales: el ver. Lo que en este orden valga para el ver valdrá con mayor fuerza para los modos más complejos del conocimiento —concepto, idea, teoría. No en balde casi todos los vocablos que expresan funciones intelectuales consisten en metáforas de la visión: idea significa aspecto y vista; teoría es contemplación¹⁴.

El nombre de Galileo queda ligado también a una mirada ampliada, extendida, que la otorga el telescopio inventado por él para mirar el cielo, perfeccionando el del holandés Hans Lippershey. Acercaba lo distante, con un instrumento técnico que aumentaba las posibilidades de la mirada sumergiéndola en lo desconocido, en el infinito, lo que nos sobrepasa. Una invención que también significó un giro en la vida de Galileo, personal y científica, al demostrar científicamente la tesis copernicana de la teoría heliocéntrica basada en la observación astronómica.

Respecto del magisterio de Soler, su propia huella, me he hecho la pregunta de si ser maestro de alguien, supone un discípulo. A través del tiempo me ha parecido problemático el nombre de maestro asociado al de discípulo, porque veo allí el posible cultivo de una expectativa de reproducción de un sí mismo en otro. Me he

¹³ Ortega y Gasset, José. “Verdad y Perspectiva. En *Obras Completas*, Tomo II, Madrid, Revista de Occidente, 1963.

¹⁴ Ortega y Gasset, José. “Cazador, el hombre alerta”, p. 150.

resistido al uso de ese nombre de maestro con relación al discípulo y prefiero usarlo para nombrar a aquél que hace lo que hace con maestría, que pone en juego un arte, la de la palabra, la de la mano que talla, la del oído que sabe escuchar voces y sonidos, la del que piensa y hace pensar con sabiduría; más, entonces, que nombrar la relación con un otro u otra situados pasivamente frente al maestro. El maestro que deja atrapado a sus discípulos y que los encierra en su propio coto, creando dependencias, reproduciéndose a sí mismo, que limita el vuelo propio de aquéllos, no es maestro. Cuando un maestro mira a quienes le han seguido su andar con placer vanidoso, cuando se ve a sí mismo en sus discípulos de modo narcisista, estamos en una suerte de colonización del sujeto. Todo maestro debe desear en un cierto sentido ser olvidado, incluso traicionado. Puede que haya traicionado a Soler en más de algún sentido, pero le he sido leal en la libertad que me enseñara y en una manera jovial de entender la filosofía. La bruma de aquellas sesiones de seminario, caminatas, conversaciones, el baile flamenco un día de nieve, la voz carraspeada de su canto, están en mi presente en su vaho memorioso.

George Steiner afirmaba que la profesión de profesor comprende numerosas tipologías que van desde el pedagogo destructor de almas hasta el Maestro carismático¹⁵. ¿Podría considerarse a Soler un maestro carismático? Creo que sí, porque ha dejado huella en muchos. Y me pregunto, ¿de qué manera dejó huella Francisco Soler? Tal vez ésta ha sido sutil, sin marca de autoría, señalando por sobre todo la importancia del gesto reflexivo, una atención aguda a las palabras, a su despliegue, a su apertura a las distintas interpretaciones, al desarrollo de una cultura cordial que toma en cuenta el afecto y no sólo la dimensión intelectual. En *Corazón y cabeza* Ortega afirma que “al progreso intelectual ha acompañado un retroceso sentimental; a la cultura de la cabeza, una incultura cordial. El hecho mismo de que la palabra cultura se entienda solo referida a la inteligencia denuncia el error cometido”¹⁶.

¹⁵ Steiner, George. *Lecciones de los maestros*. Editorial Siruela, 2011.

¹⁶ Ortega y Gasset, José. “Cazador, el hombre alerta”, p. 149.

Quienes recuerdan a Soler en su magisterio, invocan palabras atravesadas por una dimensión emocional. Así lo hace Jaime Sologuren quien dice haber sido fuertemente *impactado* por Paco, pero a la manera de haber sido “encandilado”, “maravillado”. La fascinación de Sologuren es referida a la relación de Soler con la palabra, a su oralidad, el haber señalado este maestro que la palabra, el discurso oral, puede llegar más allá que la escritura misma. La escritura, dice Jaime, fija, detiene; puede congelar un proceso de discurso que es posible que llegue más lejos, en el sentido de algo que continúa, que no se da solo en el momento. La experiencia con Soler, es asistir al despliegue de la palabra escrita haciéndola viva, ir “haciendo filosofía” junto a otros.

José Miguel Arteaga hace lo propio, y lo cito extensamente en el deseo de componer memorias colectivas:

Su magisterio fue para mí de gran importancia por lo que aprendí y además porque era extrañamente emocionante salir de noche de sus seminarios, ir caminando en un pequeño grupo, emergiendo de un ambiente extraño, sobrecogedor, de una especie de inframundo, entre tinieblas y relámpagos, a que él nos había conducido paso a paso, cuidadosamente. Yo creo que él tampoco sabía mucho donde nos conduciría cada vez que llegaba a la sala e iniciaba su seminario. En verdad era un viaje que hacíamos todos, guiados por él, a lo profundo, a lo alto tal vez, en todo caso a lo desconocido. ¿De qué se trataba todo eso? No lo sé bien y entonces tampoco. Pero en todo caso era patente que nos sacaba del mundo sabido, habitual y nos invitaba a seguirlo, a veces por caminos de Ortega, otras veces de Heidegger, y en ese trayecto íbamos aprendiendo, supongo a pensar, a hacer algo así como filosofía, algo raro de lo que no teníamos anterior experiencia, que comenzaba en un libro, en unas líneas, a veces en una palabra o en una rara etimología.

¿Que aprendí con Paco Soler? Muchas cosas, y tal vez más de otros asuntos que de filosofía, si es que esta la entendemos como doctrinas. Aprendí mucho de aventuras y creo que fue un gran aprendizaje. Imborrable. Aventurarse en el pensamiento pero también en la vida. Creo que ambas van muy unidas y siento que con el caminábamos juntos por la vida en esos años. De doctrinas conserve poco de lo escuchado y discutido en su seminario. Tal vez a la distancia lo que más interés me despierta -y fue el tema de mi tesis de licenciatura- es la exploración, con mucho de aventura, que emprende Ortega en la búsqueda de un fundamento para una crítica de la razón pura, más potente que las conocidas¹⁷.

¹⁷ Correspondencia electrónica privada con fecha 18 de mayo de 2018.

Queda en la memoria el espíritu afectivo, alegre de Francisco Soler, la ciencia jovial en su construcción. Tal vez José Jara dio el nombre de *Ciencia Jovial* a su traducción del libro de Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft*, habitualmente traducido al español como *La Gaya Ciencia* o *El gay saber*, inspirado por el estilo alegre y festivo de Soler, talante que incorporó también a su vida. Recuerdo a quienes le siguieron por varios años: Jaime Sologuren, con un humor más ácido, pero siempre con aire juvenil, jugueteón, incluso a veces infantil. A Jorge Acevedo, con sus gestos austeros y reservados, lo oí reír sin embargo muchas veces destempladamente ante una ocurrencia de Soler. Recuerdo a Antonio Skármeta con entusiasmo incontenido. No parece casualidad que con muchos que siguieron sus seminarios e hicieron con él sus tesis, fuimos amigos o muy cercanos afectivamente, Antonio Skármeta, José Jara, Jaime Sologuren, Carlos Cerda, María Teresa Poupin, Jorge Acevedo, José Miguel Arteaga.

Algunos de ellos ya no están con nosotros. Me parece que cuando alguien querido muere, algo de nosotros mismos muere también, porque no tenemos cómo construir aspectos de nuestra propia memoria. Ya no está a la mano aquél o aquella a quien preguntar para saber algo más de algo que aconteció, de algo común que se vivió pero de lo que nos faltan detalles para su mejor comprensión, o para la nitidez de un recuerdo, o para llenar vacíos de memoria. Mucho tiempo ha pasado desde la muerte de Paco Soler, pero la ocasión que nos ha dado Francisco José Martín, nos permite encontrarnos, los amigos que quedamos.

REFERENCIAS

Ortega y Gasset, José. "Cazador, el hombre alerta". En *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Revista de Occidente, 1964.

Ortega y Gasset, José. "Corazón y cabeza". En: *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Revista de Occidente, 1964.

Ortega y Gasset, José. "El Espectador". En *Obras Completas*, Tomo II, Madrid, Revista de Occidente, 1963.

- Ortega y Gasset, José. "En torno a Galileo". En *Obras Completas*, Tomo V, Madrid, Revista de Occidente, 1964.
- Ortega y Gasset, José. "La Pedagogía general derivada del fin de la educación de J. F. Herbart". En *Obras Completas*, Tomo VI, Madrid, Revista de Occidente, 1964.
- Ortega y Gasset, José. "Verdad y Perspectiva. En *Obras Completas*, Tomo II, Madrid, Revista de Occidente, 1963.
- Ortega y Gasset, José. *En torno a Galileo*, Madrid, Tecnos, 2012.
- Steiner, George. *Lecciones de los maestros*. Editorial Siruela, 2011.
- Supelano-Gross, Claudia. «En torno a Galileo», Edición de Domingo Hernández Sánchez. Madrid: Tecnos, 2012. *Azafea: Revista De Filosofía*, 15, 1970, pp. 246–252.